

Manzanilla en la Acrópolis

Cuando estuve en Atenas visitaba todas las tardes la colina de la Acrópolis. A una misma hora, infaltable, tomaba un autobús que daba vuelta por la vía Amalias, se desplazaba por delante del Olympeion y me dejaba en el Lioforos Areopagitu. Subía luego hasta los propileos e ingresaba en el *temenos*.

Era como un rito en el que se daban la mano recuerdos de muchas lecturas, la reiterada contemplación de decenas de fotografías, y el estímulo, por cierto, que suponían las excursiones anteriores. Actuaba también la expectativa nunca agostada de volver a caminar por entre las columnas, bajo de los arquivadas, y seguir el curso que seguían en tiempos antiguos las procesiones. El placer, asimismo, de detenerme ante las ruinas y de mirar la blancura pálida y ocre de los fustes, que al atardecer tomaban, poco a poco, una coloración entre rosa y dorada. Encontraba entonces muy exacta la frase de Flaubert, escrita en una carta, y según la cual las columnas del Partenón son como de ébano...

Yo era uno de los últimos turistas en retirarse. Y no me servía para regresar de ningún vehículo, sino que lo hacía a pie. Llegado al centro, cerca de mi hotel, me instalaba en un café de la plaza Syndagma, impregnado aún mi espíritu por la paz augusta de la colina. Por la noche me reuniría con un amigo griego y beberíamos juntos unos vasos de vino, contemplando desde la distancia la silueta iluminada por reflectores de la Acrópolis.

La vería después, desde mi habitación, bajo esa luz irreal y como llameante. Y sería también lo primero que mirarían mis ojos a la mañana siguiente, cuando abriese los postigos de la ventana.

Pronto advertí en mis paseos que una parte importante del placer que me procuraban esas visitas se hallaba también en ciertos detalles, dispersos, evanescentes unos y persistentes otros, que irían a enriquecer mis recuerdos. Por ejemplo el olor marino que traía el viento, que aportaba un grato frescor al peristilo, o la visión del Lycabeto, o la tonalidad por momentos opalina del cielo. Y, además, y de una manera cada vez más nítida, la vista de las hierbas que en ese mes de marzo se empeñaban en asomar por entre las piedras.

Y entre ellas, en medio de esa pequeña y sin duda malvenida vegetación, estaba la plantita que llamamos manzanilla. Reconocí de inmediato el verde tierno y delicado de sus hojas, de frágiles lacinias, la apretada arborescencia de los tallos, la flor diminuta, blanca y amarilla. Pregunté por su nombre a un griego, y escuché una designación que no pude retener. Examiné una y otra vez los botones. Y no tuve ya duda de que en efecto se trataba de la manzanilla, aquella que en mi casa servía para preparar infusiones.

¿Por qué me conmovía de ese modo su presencia? Me dije que sin duda era porque agregaba a ese lugar, prestigioso y admirado, pero también lejano, una nota familiar, una nota peruana. Por fuerza me hacía recordar, aunque en el momento no tuviera conciencia de ello, los patios y huertos de mi tierra, y los puestos de las vendedoras de hierbas en las ferias de Jauja. Era como si a través de esa presencia tímida pero pugnaz, aflorase en el duro suelo del santuario una nota de ternura.

Semanas después, cuando recorrí sitios como Micenas, Olimpia y Delfos, me topé con ella de nuevo, siempre con ese verdor límpido. Encuentro que me procuraba una alegría mayor que la de hallar, en éstos y en otros sitios del Mediterráneo, agaves y eucaliptos. Torné a descubrirla en las ruinas de Cnossos y de Phaistos, en Creta. Allí también crecía, en esos paisajes impreg-

nados de mito y de misterio. Lozana siempre, insistente, como que se trataba —según supe después— de una especie nativa del Mediterráneo llevada por los españoles al Nuevo Mundo. Y verla así me hacía pensar, una y otra vez, que esa Grecia que visitaba ha sido y es de todos los hombres, aun de los más lejanos en la geografía y en el tiempo. Incluso de nosotros, al otro lado del planeta.

SLIDE A SANGRE SIN GIRAR
ATENAS 1964